

la mujer, según dice el Espíritu Santo (11:7-9), es la gloria del varón. Se refiere al hecho de que Dios hizo a la mujer a partir del varón y le asignó el papel de pareja, ayuda y compañera del hombre, para complementarle en las tareas que Dios le había encomendado. La mujer, pues, era la gloria del varón del mismo modo que el varón era la gloria de Dios. Y el varón experimentó en la mujer y su función todo el gozo y el placer que Dios experimentó en el varón y su función.

Sabemos muy bien cómo Satanás lo estropeó todo y disminuyó la gloria de las funciones de ambos. Pero Cristo, la Simiente de la Mujer, ha venido para deshacer las obras del diablo (1 Jn. 3:8). Se nos dice en Efesios 3:10 y 1 Corintios 11:10 que, en la iglesia, se les está mostrando a los ángeles la multiforme sabiduría de Dios al ver cómo el hombre y la mujer son restaurados para Dios y para sus respectivas funciones, según la intención original de Dios. Los ángeles observan cómo hombres y mujeres, por amor a Cristo, hacen uso de los símbolos que indican su reconocimiento del orden que el Redentor ha establecido para ellos.

No cabe duda de que, en lo que se refiere a las condiciones por las que recibimos la salvación y nuestra gran herencia, no hay diferencia alguna entre varón o mujer. judío o griego, esclavo o libre (Gá. 3:28). Un niño se salva bajo las mismísimas condiciones que sus padres. Pero en cuanto a las funciones, bien sea la familia, bien en la iglesia, el señorío de Cristo no elimina la distinción entre varón y mujer, o entre padre e hijo. “*En el Señor*”, el niño cristiano debe obedecer a sus padres (Ef. 6:1) y más aun siendo creyente que antes de serlo. “*En el Señor*”, como apunta 1 Corintios 11:11-12, las distinciones entre los papeles respectivos del hombre y de la mujer, así como su complementariedad, no son eliminadas, sino restauradas de acuerdo con los propósitos originales del Dios creador. La idea del “uni-sexo” no surge de la Redención, como tampoco, por supuesto, surgió de la Creación.

Finalmente, el Espíritu Santo nos muestra cómo estos dos símbolos concuerdan con los instintos de la Naturaleza (11:13-15). El dice que la Naturaleza nos enseña que a un hombre le es deshonroso dejarse crecer el cabello; sin embargo, si una mujer tiene el pelo largo, esto es gloria para ella. Nótese que dice “si...”. La Naturaleza no dota a todas las mujeres por igual de largo y hermoso. Le ha sido dado como una estola o manto (la palabra griega aquí no es la que se traduce por “*velo*” en los versículos anteriores, sino la que se traduce por “*vestido*” en Hebreos 1:12). Dios pensaba que concedía a las mujeres un don bello y glorioso al darles un cabello largo y hermoso. Es gloria para ellas. Con razón llama la atención y suscita admiración, pero no debe ser así en la Presencia de Dios. En Su presencia, la sensibilidad de la mujer, y mucho más su espiritualidad y amor por el Salvador, la llevará a velar su propia gloria, para no distraer la atención de los demás hacia Dios mismo. Por demás está decir que la cubierta más conveniente para este fin sería un velo y no un sombrero de última moda.

¿Cómo responderemos, entonces, a la enseñanza del Espíritu Santo sobre estos dos símbolos? No podemos argumentar que mientras Dios vea autenticidad en nuestros corazones no necesitamos usar símbolos externos. El mismo argumento daría al traste con el uso de los símbolos de la Cena del Señor y del Bautismo. Hoy en día es, evidentemente, más fácil para los varones cristianos practicar el simbolismo que les corresponde; pero las modas y las corrientes de opinión modernas hacen difícil para las mujeres cristianas practicar el suyo. El hacerlo exige de ellas enorme gracia, espiritualidad y valor.

Es interesante notar que, en Inglaterra, si una mujer es invitada al palacio para ser recibida por la Reina, normalmente se exige que lleve sombrero. Pocas mujeres se niegan a la demanda de la Reina o se avergüenzan de ser vistas llevando un sombrero en tales ocasiones. ¿Mostraremos nosotros menos respeto por los deseos expresos del Rey de reyes?

DAVID GOODING

Si desea más ejemplares de este folleto solicítelos a: **Operation O.F.F.E.R., P.O. Box 29. Belfast . BT1 1AA (Reino Unido)**

SÍMBOLOS de AUTORIDAD y de GLORIA

En 1 Corintios 11:2-15 el Espíritu Santo, cuya misión es glorificar al Señor Jesús, nos habla a través del Apóstol Pablo acerca de dos de los símbolos cristianos por los cuales expresamos nuestra obediencia a Dios, nuestra lealtad a Cristo y nuestro respeto unos por otros. Es éste un tema glorioso. Tres veces en este corto párrafo el Espíritu Santo enardece nuestros corazones con una visión de gloria: en el v. 7 habla de la gloria de Dios, otra vez en el v. 7 de la gloria del varón, y en el v. 15 de la gloria de la mujer. No hay otros símbolos que tengan mayor dignidad y alcance. Las realidades gloriosas de que dan testimonio pertenecen a la esfera de la Redención (11:3-6), a la esfera de la Creación (11:7-12) y a la esfera de la Naturaleza (11:13-15).

Que los versículos 3 a 6 tratan de la esfera de la Redención se ve por los términos usados al describir la relación existente entre nuestro Señor Jesús y Dios. No hablan de su subordinación como Hijo al Padre en el seno de la Deidad, ni de la relación entre el Verbo pre-encarnado y Dios antes y en el momento de la Creación. Lo que dicen es que “*Dios es la cabeza de Cristo, el Mesías*” (11:3). Se refieren a Jesucristo como el Ungido del Señor, el Salvador del mundo, la Cabeza de la Iglesia y el Soberano de los reyes de la tierra (Ap. 1:5).

No es difícil entender por qué el Espíritu Santo da un lugar de honor a la esfera de la Redención en este protocolo de gloria. Basta recordar lo que costó a nuestro Señor Jesucristo someterse a la autoridad de Dios para llevar a cabo la obra de la Redención. Por toda la eternidad Él había existido en la misma forma de Dios (y, por supuesto, nunca dejó de serlo), pero cuando se comprometió a ser el Mesías y hacer que hombres y mujeres rebeldes como nosotros volviéramos de nuevo a una sumisión leal y amante a Dios, Él tomó forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Este es el precio que tuvo que pagar por su voluntaria sumisión a Dios, su Cabeza.

Y no debemos olvidarnos de la gloria a que Dios le ha exaltado en respuesta gozosa a su obediencia. Por el contrario, de buena gana deberíamos emplear cualquier medio a nuestro alcance para realzar tanto la obediencia como la gloria de Aquel a quien debemos nuestra Salvación.

Todo esto nos introduce al primero de nuestros dos símbolos. Siempre que los cristianos nos reunimos para ejercer nuestros dones espirituales, y aun más al reunirnos oficial y públicamente como iglesia, ha sido nuestra práctica (v. 2 literalmente contiene la idea de una costumbre basada en la enseñanza transmitida por los Apóstoles desde el principio), que los varones no se cubran la cabeza. Esta es la forma instituida por Dios para que los varones honren su Cabeza, el Señor Jesucristo (v. 3) y para que proclamen su fe en que Dios le ha levantado de entre los muertos y le ha hecho Señor y Cristo (Hch. 2:36).

Es evidente que esto nada tiene que ver con las antiguas costumbres locales. Antiguamente los varones griegos también solían orar con la cabeza descubierta, pero es obvio que no por la misma razón que la de los varones cristianos. De hecho, un griego inconverso jamás habría entendido el significado de la práctica cristiana de no habérselo explicado los cristianos. El significado del símbolo tal y como lo usaron los cristianos, era total y exclusivamente cristiano.

Y desde luego nada tiene que ver con la moderna costumbre que tienen los caballeros de quitarse el sombrero en presencia de las damas. Si entrásemos en una sinagoga judía veríamos a todos los hombres con las cabezas cubiertas. Y esto no porque no sean caballerosos. Los varones judíos se cubren la cabeza al orar para mostrar su reverencia a Dios. Los varones cristianos no son menos reverentes, pero Dios les llama a declarar, con la cabeza descubierta, que Jesús es el Mesías, el Cristo. También que, en ausencia de su Cabeza, ellos, como varones cristianos, son sus representantes oficiales en la tierra.

Este asunto no carece de importancia. Los judíos consideran una blasfemia lo que los cristianos proclaman por medio de este símbolo. Ellos no aceptan, como tampoco los gentiles inconversos, que Jesús es el Cristo. Los cristianos sí que lo aceptamos. Es un hecho esencial y céntrico de nuestra fe. Si es importante que simbolicemos la muerte del Señor Jesús a nuestro favor por medio del pan y el vino en la Cena del Señor, es igualmente importante que los varones creyentes testifiquemos por medio de este otro símbolo que El es el Cristo y la Cabeza. Si un varón cristiano rechaza este símbolo, e intencionadamente cubre su cabeza al orar, está afrentando a su Cabeza, según indica el Espíritu Santo (11:4). No su propia cabeza física – pues esto no importaría demasiado – sino a su Cabeza espiritual, el Señor Jesús. Esto sí que tiene una enorme importancia.

Por lo tanto, una vez que el significado de este símbolo ha sido entendido, ningún cristiano verdadero necesitará que nadie le exhorte a no descuidarlo. Nada importa que el mundo moderno ya no entienda el significado de este simbolismo. Los griegos inconversos de la Antigüedad tampoco lo entendían. Tuvieron que ser enseñados.

El segundo símbolo que nos ha sido dado por el Redentor es el reverso del primero. Mientras que el varón cristiano debe dejarse la cabeza descubierta, la mujer debe cubrirse. Y esto lo hace en reconocimiento de que el varón es su cabeza.

Para captar el verdadero significado de este símbolo debemos considerarlo dentro del Contexto completo en que lo coloca el Espíritu Santo (v. 3): *“quiero que sepáis que Cristo es la Cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la Cabeza de Cristo”*.

De aquí deducimos en seguida cuán importante es el concepto de “cabeza” en la esfera de la Redención. Bajo Dios, todos, tanto hombres como mujeres, y aun Cristo mismo, tenemos una cabeza. Pero nótese el orden: antes de decirle a la mujer que el varón es su cabeza, al varón se le recuerda que él también está sujeto a la autoridad de una Cabeza, la cual es Cristo. Por lo tanto, el varón no es un autócrata, responsable sólo ante sí mismo y con libertad de enseñorearse caprichosamente sobre la mujer. Su propia Cabeza, el Señor Jesús ha establecido el modelo y el espíritu con que todo liderazgo ha de ser ejercido (Lc. 22:24-27). Cuanto más grande es la responsabilidad encomendada a un hombre, tanto más ha de servir a aquellos a quienes dirige. Y Cristo llamará al hombre a rendir cuentas de cómo desempeñó su liderazgo.

Nótese también que cuando a la mujer se le dice que el varón es su cabeza, el Espíritu Santo inmediatamente añade que Cristo también tiene una Cabeza. Si no fuera por esto, la mujer podría pensar que es injusto tener que aceptar al varón como su cabeza. Después de todo, en su naturaleza esencial, ella es igual al hombre habiendo ambos sido hechos a la imagen de Dios. ¿Por qué, pues, ha de aceptar al varón como su cabeza? ¿Por qué no puede tener igualdad con el varón?

Es aquí donde el Espíritu Santo remarca, con inmensa gracia y discreción, que Cristo mismo se ha sometido a tener una Cabeza. En cuanto a su naturaleza esencial, Cristo siempre fue – y jamás ha dejado de ser – igual a Dios. Pero ¿dónde estaríamos nosotros ahora si El hubiera exigido permanecer igual a Dios, en cuanto a posición y funciones, en vez de humillarse tomando forma de siervo y sometándose a sí mismo en obediencia a Dios como su Cabeza?

Ahora bien, algunos eruditos han sugerido que la palabra “cabeza”, en este contexto, no debe entenderse como si implicase la idea de liderazgo o autoridad. Argumentan que cuando el v. 3 dice que el varón es la cabeza de la mujer, está refiriéndose al hecho que menciona el v. 8 que en la creación, la mujer fue sacada del hombre, lo cual quiere decir que el hombre es el “origen” de la mujer. Sin embargo, es improbable que el v. 3 se refiera a la Creación. Su contexto, como hemos visto, es el de la Redención. Además, si en el v. 3 “cabeza” significa “origen”, tendríamos que entender la última frase del versículo como si dijese “el origen de Cristo es Dios”. Ciertamente esto nos daría a entender un concepto muy extraño y anormal. Y tampoco es

necesario. Es mucho más lógico aceptar que la palabra “cabeza” en el v. 3 lleva consigo el significado de “autoridad” como ocurre en Efesios 1:22: *“...y sometió (Dios) todas las cosas bajo sus pies (los de Cristo) y lo dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”*.

Es aquí, de hecho, donde vemos el más amplio contexto de todo este énfasis sobre el asunto de la cabeza (autoridad) en 1 Corintios 11:2-5. Cristo, como Cabeza sobre todas las cosas tiene el cometido de recobrar aquel dominio universal sobre toda la Creación que Dios destinó para el hombre, pero que Adán y Eva perdieron por su desobediencia. Cristo lo está recuperando para que cuando por fin todas las cosas estén bajo su control, El pueda entregar el reino en completa obediencia a Dios, según nos dice 1 Corintios 15:28.

En un sentido, Cristo ya ha ganado más que lo que Adán perdió. El hombre en Adán fue hecho un poco menor que los ángeles, pero Cristo está ahora mismo exaltado sobre todos los ángeles, principados y potestades (Ef. 1:20-22). En otro sentido, por supuesto, todavía no vemos que todas las cosas le hayan sido sujetas (He. 2:8). La desobediencia, el egoísmo y el desorden que el diablo introdujo en nuestro mundo cuando tentó a la mujer por medio de la serpiente, y al hombre por medio de la mujer, todavía mantienen a toda la raza humana en una abierta rebelión contra Dios, y llena nuestro mundo de discordias y nefandas contiendas. Pero si esto es así en el mundo, la situación en la iglesia es diferente ¿no es cierto? ¿No nos ha llevado el Señor a someternos voluntaria y gozosamente a su gobierno de gracia y a aceptar el liderazgo y la autoridad que El nos designa? Incluso en el mundo del deporte, los jugadores de un equipo reconocen la necesidad de tener un capitán y aceptan el liderazgo ordenado por los seleccionadores, sin sentirse ofendidos o creerse inferiores. ¿Lo haremos peor en la iglesia?

Seguro que no: porque rechazar el símbolo de autoridad que el Señor nos ha ordenado sería, en realidad, rechazar la misma autoridad del Señor en este asunto. Será como profesar que aceptamos el Señorío de Cristo, pero cuando nos manda ser bautizados, negarnos a ello.

Ya hemos visto lo serio que sería que un hombre cristiano rechazara el simbolismo que a él corresponde (el descubrir su cabeza). Ahora, que sea el Espíritu Santo mismo quien nos diga lo afrentoso que sería que una mujer cristiana, consciente de lo que hace, rechazara el simbolismo que a ella corresponde (11:6). Traería sobre su cabeza (es decir, sobre el varón cristiano, no sobre su cabeza física) la misma clase de vergüenza que una mujer adúltera traería sobre su esposo.

En el mundo antiguo tal infidelidad se mostraba públicamente rapando el cabello a la mujer. La mujer que rehúsa cubrirse la cabeza, dice el Espíritu Santo, es como si estuviese rapada. Es algo verdaderamente horrible.

Seguidamente el Espíritu Santo nos muestra que los dos símbolos que venimos considerando apuntan a realidades en la esfera de la Creación (11:7-12). Para esto El nos lleva, no a las costumbres locales del antiguo Corinto o a cualquier otro sitio, sino al relato divinamente inspirado de la Creación en el libro de Génesis. El capítulo uno de este libro nos aclara (1:27-28) que, en cuanto a su naturaleza esencial y su categoría, tanto el hombre como la mujer fueron hechos a imagen de Dios. Era el propósito de Dios que ambos compartieran el dominio sobre la Creación. Sin embargo, el capítulo dos de Génesis (vv. 18-25) explica que en cuanto a las funciones que iban a desempeñar, había diferencias significativas entre los sexos, por designio de Dios. El hombre fue creado primero y ya había comenzado a cumplir las tareas que Dios le había encomendado antes de que la mujer fuera creada. Además, fue hecho directamente y no sacado de la mujer. Allí estaba él solo, recién salido de la mano de Dios. Y era – nos dice el Espíritu Santo (1 Co. 11:7) – la imagen y la gloria de Dios, el virrey de Dios en la Creación, investido con la misma gloria de Dios como Su representante oficial. En cambio